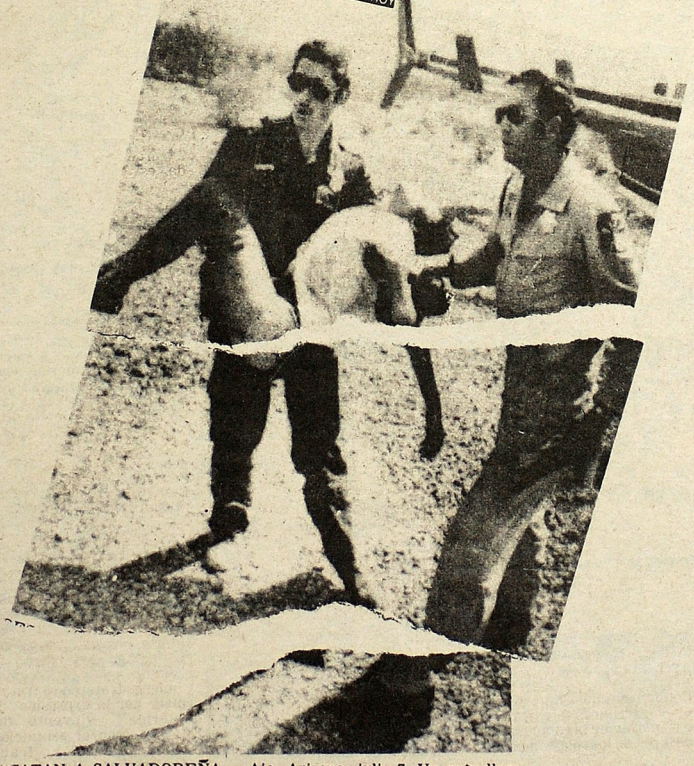
La Amarga sed de la Tierra perdida

Por Carlos Balaguer
(A Dora y a ti).

Su nombre era sed según el pasaporte
Su nombre era arena según sus documentos
Su sed era un nombre partido en los labios
Un nombre de amor, de sol, de negras gaviotas
Su otro nombre —quizá el sobrenombre: libertad
Libertad, sed, arena, los ojos anhelantes
[según sus documentos
según los pasaportes amarillos en la tarde
Sed, sol, arena, libertad, los peregrinos
Los "pobres más pobres del mundo"
Los que erigieron el canal de Panamá
Entre hierros, andamios y esqueletos marinos
Los que brindaron ciegos
en los antros de prostitución de la muerte
Los rateros, los ladrones,
los "tristes más tristes del mundo"
Los "primeros en sacar el cuchillo"
y de clavárselo en el propio corazón
Los que murieron en el sueño ardiente y solitario
[de Arizona
buscando las luces del olvido entre billetes verdes
Los apátridas sin luz, mis hermanos.
Con la sed dividida
Con el cuerpo cubierto de espinas
Con el corazón poblado de banderas
porque les dijeron que el mundo era su patria
y uno se los encuentra un día en Tanganika
en un sórdido bar de Londres
en Israel, en Biafra, en París
o bajo las piedra de Roma.
O se los encuentra bebiendo en la morgue
Bebiendo envueltos en sábanas fúnebres
Bebiendo con sus ojos claros la eternidad
La eternidad que es otro sueño yanqui
Los muertos. Los de un pueblo derrumbado y
[sórdido.
Los ilegales. Los falsificadores del amor
Los que lloran en silencio su primer amor
y piden fiada la mortaja, el nicho y hasta la misa,
y comen gelatina royal
y se visten de brumas
de silencio
de disparos en la noche
y mueren en la calle como perros sospechosos
a sus arenas blancas y quemantes
a sus estrellas rutilantes y ausentes
Ellos, los peregrinos
Los tristes hechos de polvo y de agua
Hechos de grano, de trigo, de niebla
Los árboles que perdieron sus raíces antiguas
Ellos
sobre la amarga sed de la tierra perdida.
Los que olvidaron el catecismo
y las reglas de urbanidad
Los que por temor de morir embarazaban a sus
[mujeres
Como sombras fértiles
en un valle superpoblado de "alas oscuras"
Que llevan el nombre sed según el pasaporte
y el de arena según sus documentos
Y como sobrenombre libertad
De apellido Chávez, López, Ruiz, Mariona...
Los que se alejan como sombras
sobre el sueño desierto ardiente de Arizona
sobre la ardiente sed
como seres pequeños y extraños
sin tierra, sin ayer
sin un poco de agua para beber
sin un poco de patria para morir
Ellos
los que perdieron
un día de tantos.

RADIOFOTO AP PARA EL DIARIO DE HOY



RESCATAN A SALVADOREÑA.— Ajo, Arizona, julio 7. Un patrullero fronterizo y un auxiliar médico rescatan a Dora Herrera, que permaneció en el desierto sin agua, durante tres días, al igual que otros 12 salvadoreños rescatados. Trece perecieron por el intenso calor. Todos fueron engañados por guías conocidos como "coyotes", los que después de robarles los abandonaron en el desierto a una muerte casi segura.

Desagraviando a los osos

Por Ramón J. Sender

Los que tenemos la manía o el hábito o la fortuna o la desgracia de escribir para el público estamos expuestos a algunas incomodidades. La más frecuente consiste en las erratas. Juan Ramón Jiménez, el poeta de Huelva, solía decir con acento quejumbroso: "Yo me moriré un día de una errata". Es decir, de un error de imprenta.

La misma cosa, por disparatada que parezca, podríamos decir los demás ,aunque yo estoy endurecido por la experiencia. Sin embargo hoy voy a insistir en ese tema a un tiempo divertido y calamitoso.

En un artículo reciente y tal vez por error de algún linotipista de los que escriben al dictado lo que alguien lee en voz alta para ganar tiempo, me hacían decir que un oso asturiano mató y se comió a Atila. Yo había dicho Favila, padre de Pelayo el de Covadonga.

Hay erratas que nos hacen reír —no como a Juan Ramón— y esta es una de ellas. En realidad son inevitables y no toda la culpa es del amigo linotipista. A nosotros nos decían de niños que un oso se comió a Favila. Calumnia vil, porque los osos asturianos y los vascos y aragoneses son vegeterianos como Bernard Shaw, y aunque la alusión resulte ofensiva, como Adolfo Hitler.

Pero además, hacer que un oso asturiano mate a Atila que llevaba ya muerto algunos siglos y enterrado en las riberas del Danubio azul, es del todo inaceptable. Si ahora yo protesto es pensando en algún niño de las escuelas primarias que puede repetir esa noticia del todo falsa sobre la muerte de Atila, rey de los hunos.

Como digo, las erratas y también la puntuación equivocada nos incomodan. Y hasta el uso equivocado de algunos signos como los guiones del diálogo o las comillas de las citas eruditas. Gómez de la Serna se ponía a llorar o poco menos cuando en una novela le colocaban el guión del diálogo al comienzo de una descripción que no lo necesitaba. O cuando se lo quitaban al renglón dialogante.

De otras erratas verdaderamente escandalosas más vale no hablar. El diario católico de Madrid "Ya", en los años treinta de este accidentado siglo, tuvo que recoger apresuradamente la edición entera que había sido distribuida cuando se dieron cuenta de que en la sección de cultos, al hablar de la Purísima Concepción, se había hecho una errata con la consonante erre. No me atrevo a aclarar más ese error blasfemo.

Es verdad que los pocos ejemplares de "Ya" que se habían vendido pudieron revenderse luego para los coleccionistas de rarezas en una cantidad fabulosamente mayor. Debió ser una jugarreta de Satanás.

El oso asturiano comiéndose a Atila o a Favila es un insulto para el oso y sus colegas vegetarianos de las letras o de la política.

Quede pues dicho de una vez para siempre que el que murió en Asturias no fue Atila sino Favila. Y que debieron enterrarlo entero y verdadero como es costumbre. Y con honores reales.

No habían estado aun entonces los moros en Covadonga. Nunca pusieron allí los pies hasta que alguien los llevó en 1937 para que mataran cristianos en el nombre de Dios. Vivir para ver. Es verdad que otros los habían llevado en 1934 con igual fin.

Los osos son animales históricos en todas partes. Y totémicos. Como tales figuran en la historia de muchos países y en los escudos blasonados de no pocas ciudades como Madrid, Berna, o estados yanquis como California. El oso, además, no es sanguinario si no lo obligan a defenderse. Los primeros pobladores de las montañas americanas del Oeste se entendían bien con los osos mismos que ahora tienen la peor fama del mundo. Los osos grizzly. Hasta que comenzaron los cazadores a matarlos a tiros. Y todavía no lo hacían los osos por defenderse del hombre sino de la naturaleza misma, porque relacionaban el disparo del rifle con el estampido del rayo de las tormentas que producía el fuego e incendiaba los bosques. El fuego era y es el mayor enemigo de muchas especies silvestres.

Los osos creían que eran aquellos hombres del rifle los que producían el rayo y el incendio. Desde entonces los tienen por sus enemigos y los tratan en consecuencia. Y hacen bien. Uno no puede menos a veces de ponerse del lado de los animales contra algunas personas de hábitos viciosos.

El oso es víctima de nuestras peores habilidades y basta con recordar cómo los domestican los gitanos para hacerlos bailar al son del pandero. Mucho antes que Paulov escribiera sus teorías de los reflejos condicionados, los calés ponían a los ositos jóvenes sobre una tela metálica caliente y para no quemarse los pobres alzaban un pie y luego el otro. Entretanto un gitano tocaba un gran pandero adaptándolo a los movimientos del osezno. Después de algunas semanas el pobre animal relacionaba el son del pandero con las quemaduras y al oírlo levantaba un pie y luego el otro siguiendo el ritmo, aunque en el suelo no hubiera tela metálica alguna.

Hay mucho folklore amistoso: hacer el oso es hacer la corte a una muchacha. ¡Anda la osa! es una exclamación de sorpresa placentera o no. Y también esa afirmación rimada de
El hombre y el oso
cuanto más feo más hermoso.

Aunque yo he oído a alguna muchacha picaruela decir: "...cuanto más feo más horroroso". Y ustedes perdonen si hay de qué. Por otra parte y finalmente es posible que la errata fuera mía. Uno no es infalible.

Filosofía, Arte y Letras